

POLÍTICA, POCA, PERO BUENA.

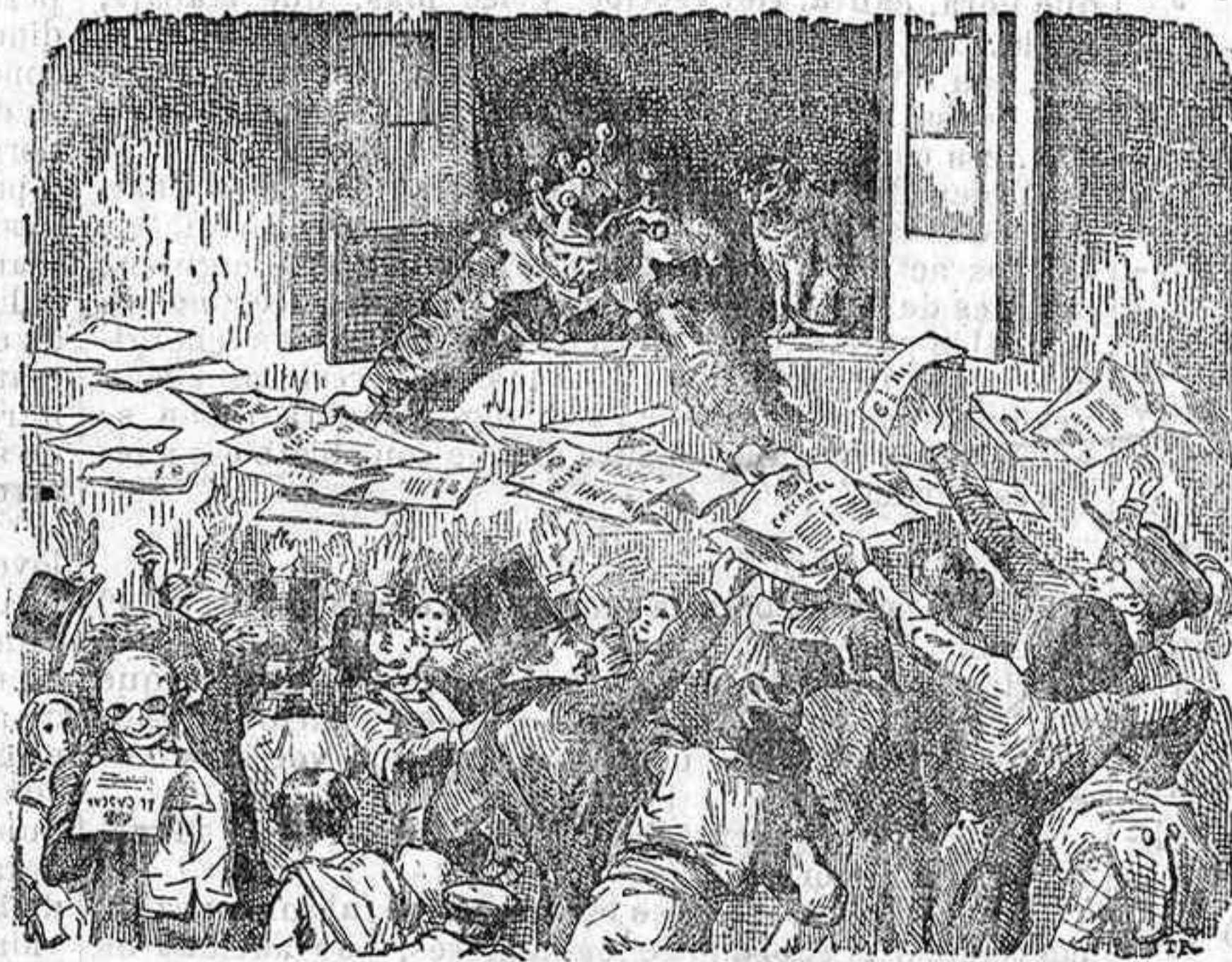
CINCO NÚMEROS CADA MES.

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

ADMINISTRACION.—Calle de los Caños, 4, bajo.

DIRECCION.—Calle de los Caños, 4, pral.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

6 rs. por tres meses en toda España.

Extranj.—6 meses, 20 rs.—América, 40.

# EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL CATO. LO QUE FUERE SONARA.

REVISTA SEMANAL.

De la enfermedad que llamamos política, estamos un poquito,—muy poquito,—aliviados.

La oportuna caída del ministerio de *Los Tiempos* nos ha librado de una jaqueca que amenazaba ser crónica, y para cuya desaparición se trataba, según dicen por ahí, nada menos que de andar á tiros.

Esto de los tiros nos gusta poco ó nada; en cuanto á tiros, estamos por los *tiros largos*.

A tiros no se gobiernan las cosas; lo que se hace es estropear las cosas, amen de las personas.

El ministerio nuevo sigue tan contento como lo está todo ministerio los quince primeros días; y si hemos de ser francos, tampoco la gente está descontenta con él, aunque otra cosa digan ciertos periódicos descontentadizos.

Los ministerios se parecen á las criadas, que los primeros días todo lo saben hacer, todo lo quieren hacer, no tienen vicio ninguno, gastan poco, hablan ménos, son hacendosas y todo lo que se quiera; y luego, cuando ya han tomado confianza, sacan los piés de las alforjas, y no hay nada de lo dicho.

Nosotros, francamente, quisiéramos que el Gobierno fuese bueno y diese gusto á los señores, porque el general O'Donnell nos es simpático y tiene cualidades que no tienen otros *grandes hombres*, que vienen con mucha propopeya y muchos humos á hacer y acontecer, y hacen cada barbaridad que tiembla el mundo.

Pero basta, no sea que digan VV. que somos ministeriales, ó queremos serlo como otros papeles públicos, para hacer méritos y lograr, aunque no sea más que una jefatura de negociado ú otro momio parecido.

Nada de eso; hoy que no hay perro ni gato que no sea ó haya sido ó quiera ser ó volver á ser algo en el presupuesto, lo que se debe ser es no ser nada, ser simplemente caballeros particulares, abonados á la barrera para ver los toros y cañas.

La cuestion electoral, la de Italia, la de Hacienda, he aquí las tres cuestiones en que hoy tienen fija su atencion los políticos, exceptuando los que solo son políticos por lo presupuestivos, que no tienen fija su atencion más que en los doce días últimos de los meses del año, en los cuales se saca ánima, es decir, paga.

Los moderados se van á retraer. Miren VV. qué inventiva tienen los que *tienen algo*, como dijo el ex-comisario de mataderos públicos.

Hacen lo que hicieron los progresistas. Y entonces ¿por qué los criticaron? ¿por qué casi casi los llamaron facciosos?

El que ha de caer en el defecto que otros...

cita en el bolsillo; si no se expone á hacer el oso.

Por supuesto que el retraimiento sería una gran cosa, un gran beneficio para el país, si se retrajeran por los siglos de los siglos de meterse en la cosa pública casi todos los políticos que hasta la presente no han hecho otra cosa que embrollarnos.

La cuestion de Italia parece que ha de ser la ocasion de la gran batalla entre los que van adelante y los que no quieren moverse.

Ya estamos dispuestos á presenciar la lucha, sin mezclarnos en ella, pero aconsejando á unos y otros que combatan con nobles y buenas armas, no empleando más que las de la razon, y de ningun modo las de la amenaza y el insulto, á que algunos contendientes parecen aficionados.

Esto es lo que EL CASCABEL dice en esta cuestion, y con lo que contesta á los lectores católicos, monárquicos y dinásticos que le han escrito de Valladolid haciéndole ciertas preguntas.

La cuestion de Hacienda es muy peliaguda. Los ministros que hemos tenido hasta ahora, que ya no es posible saber cuántos son, han ido saliendo del paso como han podido; pero lo mismo que en las casas donde se gasta sin orden ni concierto, y el marido debe por un lado y la mujer por otro, y los hijos malgastan y derrochan, y los criados se aprovechan de lo que pueden, hemos llegado á punto en que ya no se puede salir del paso. Es preciso hablar claro en esta cuestion, saber lo que se cobra, lo que se debe, lo que se paga, lo que no se paga, lo que se puede cobrar, lo que se puede economizar; esto de la economía es muy importante. La familia que por su descuido ó por sus desgracias viene á ménos, se muda á otro cuarto más barato, despide á los criados, el marido va á la compra, la mujer remienda, los hijos se visten en roperia.... Pues en la nacion que por desarreglo é ignorancia de sus gobernantes no tiene los recursos que debiera tener, se hace, vamos al decir, lo mismo que se hace en una casa de honrada familia, se economiza, se suprimen sueldos, se rebajan los grandes, no se gasta en superfluidades y lujos y se suprimen todo género de *gaudeamus* y festejos. —Si esto no se hace, *malorum*; el mal no se remedia, se agrava, se pide y se pide y se vuelve á pedir, y no hay remedio, el trueno gordo es seguro.

Conque mucho ojo, señor Alonso Martinez. Tambien nos es simpático su merced, y sentiríamos que se desprestigiara sin hacer cosa de provecho en la Hacienda española. Haga su merced algo por esa *pobre*, que no parece sino que es una viuda de esas cotorronas, gastadoras y tramposas que hay, según está á la cuarta pregunta y entrampada hasta los ojos.

¿Saben VV. que es gran cosa la moralidad de...

de cierto matrimonio no muy bien avenido, por lo visto, puesto que la señora, al decir de los periódicos, tenía un confidente á quien confiar sus cuitas. El confidente, el *amigo*, es, al decir de los mismos periódicos, persona respetable y distinguida.

Pues la otra noche nos han sorprendido los mismos periódicos con otra noticia, que da muy alta idea de la moralidad de hoy. Una niña de quince años desapareció de la casa materna y ha sido hallada por la autoridad en otra, que no debe ser materna, fuera de Madrid, á donde dicen que la llevó una persona distinguida tambien.

Pues señor, las personas distinguidas se portan. Los esposos y las madres que reciban en su casa personas distinguidas, van á tener que estar siempre ojo avizor y con un revolver en la cintura, como los veteranos hasta hace poco, ó con un sable de caballería en la mano.

Esto es muy bonito, muy bonito. La moralidad se conoce que tambien ha apelado al sistema del retraimiento, porque no se la encuentra. Los que no han recibido educacion, los que lo ignoran todo, los que no han tenido acaso un alma caritativa que les enseñe siquiera la doctrina, roban, juegan, asesinan por codicia, ó por odio ó por venganza, porque no pueden ni saben dominar sus pasiones; las personas distinguidas acaso no roban, ni asesinan, pero hacen el amor á la mujer agena, intentan seducir á la joven candorosa é inexperta, y eso que tienen educacion y la instruccion que han recibido les ha dado medios suficientes para moderar sus pasiones, que acaso ni pasiones tienen, sino caprichos.

Repetimos que todo esto es muy bonito, muy bonito. La inmoralidad cunde de una manera deplorabilísima. Y esa es la causa principal de todos los males que lamentamos.

En eso, como en el vestir, sí que copiamos á los extranjeros.

Y luego, como la inmoralidad se ha introducido en la sociedad; como el ser inmoral no es un defecto, sino una gracia; como divierte oír á un hombre distinguido que ameniza la conversacion con blasfemias y votos y juramentos y chistes de subido color; como es un recurso tan socorrido en tertulias, paseos y cafés murmurar de las amigas, y calumniar á fulanita, y colgar milagros á todo vicho viviente, la inmoralidad es muy bien recibida y está en medio de la sociedad como en su casa.

Todo esto es muy bonito, muy bonito. Perseguir á la mujer del prójimo es una calaverada, claro, y es hasta dar prueba de valor, y de tener mucho mundo, y de ser hombre de pró. Si el marido no lo sabe, los demás lo saben y se callan, porque, sobre que eso no es más que una calaverada, dicen que respetan la paz de los



recurso óptimo de la inmoralidad, con pegarle un tiro ó exponerse á recibirlo, con lo cual ya quedan los caballeros como quienes son.

Engañar á una muchacha; abusar de su candor; aconsejarla que desobedezca á sus padres; hacer nacer en su pecho una pasión que acaso la haga desgraciada para siempre; darla luego un desengaño; exponerla quizá á la muerte,—que hay corazones que no resisten á una pena tan grande,—es otra calaverada.

¡Bien! ¡Bien! Todo esto es muy bonito, muy bonito.

En este segundo caso, el agravio se hace más sobre seguro, más impunemente. Las pobres niñas no se baten, ni sus madres tampoco. Lloran, lloran lágrimas de sangre toda su vida, y se callan, porque si no callan, el mal es para ellas.

Volvemos á repetir que esto es muy bonito. Parece que se ha perdido toda idea de religión, parece como que nos tenemos los humanos odio mortal, que no imaginamos sino lo que puede ofender al prójimo.

La corte partió para la Granja. El calor nos frie ya en Madrid.

La dispersion comienza, y cada cual piensa en elegir el punto donde ha de pasar el verano.

Las mujeres están muy ocupadas en poner elásticos en los vestidos para recogerlos por abajo, que en saliendo de Madrid es de rigor enseñar el pié, y sobre todo la botita alta, bonita, y que cueste un sentido, el del dinero, que es el sentido que más se siente.

Los hombres más formales, los que todo el invierno ven VV. vestidos de negro con gabanes largos y levitas respetables, se están comprando á toda prisa levitines ligeritos, claros, sombreritos de paja y zapatitos blancos.

Las señoras gordas no piensan en otra cosa que en si serán también gordas las que entren en el wagon ó en la diligencia donde ellas viajen, y todos los enfermos esperan que, con la ayuda de Dios, dejarán sus alifafes por esos mundos y volverán á Madrid sanos y colorados como manzanas.

El general Narvaez parte también para Loja, donde tienen VV. una casa á su disposición, es decir, á la del general Narvaez.

Pásenlo VV. bien, y cuidadito con las personas conocidas y distinguidas y de posición que reciben VV. en casa.

## CARICATURAS SOCIALES.

### LOS ENAMORADOS.

#### I.

Lectores y lectoras, ¿no os habeis reido alguna vez de los enamorados? ¿No los habeis ridiculizado en vuestras conversaciones? ¿No os ha parecido extraña y singular hasta la exageración la conducta de dos que se aman?

¡Oh! Sí, seguramente, los habeis censurado y ridiculizado, os habeis reido de ellos, sin saber tal vez que si en aquel caso érais persona que hace, en otro fuisteis persona que padece.

El enamorado por sí solo no es un tipo completo. Aislado, no se puede estudiar; su nombre lleva incluida la idea de otro sér; su amante. Este sér es al enamorado como el calor al fuego, la luz al sol y el alma al cuerpo.

Ese jóven que pasea vuestra calle desde las primeras horas de la mañana; ese que lloviendo y nevando, helando y haciendo sol, permanece inmóvil en una esquinilla á guisa de guarda-canton, sufriendo las inclemencias del tiempo; aquel que el domingo va á la iglesia y se echa al cuerpo, y no al alma, diez ó doce misas, para ver en una de ellas á su Dulcinea; aquel que corre tras un coche; el otro que está abonado á mirar á un balcón todo el día; el otro que va al teatro á ver obra funcion que la anunciada; ese que compra flores á las floristas, y va ordinariamente de guante, y fuma puro, y asiste á ciertas reuniones en las que no baila, ni habla, ni mira más que á una sola; ese que ovida su casa, y la familia, y los estudios, y los amigos; ese de quien no se sabe cuándo come ni duerme; ese sér singular y extraño, demasiado hombre ó demasiado niño, excesivamente amable ó adusto, alegre ó triste, cobarde ó valiente, expansivo ó reservado, débil ó fuerte, ese héroe, en fin, es el enamorado.

Aquella niña que madruga para salir al balcón y mirar y mirar á su amante; esa que en el teatro no quita los lentes de un objeto; la otra que se asoma al ventanillo; esa que va á casa de una amiga, no á verla, sino por verla; la otra que en la calle, y en el paseo, y en todas partes va buscando con la vista un solo objeto sin ver á los demás; esa que se incomoda ahora de que la hablen los demás hombres, cuando antes lo procuraba; esa niña que se halla aburrída en todas las partes donde no está él, que ahora la dura más ó le dura menos el ar-

ó las abandona todas, que es excesivamente humilde ó demasiado iracunda, que es más amable ó más adusta, que llora, canta, rie, escribe y lee más, que trabaja, habla, come y duerme menos; en fin, esa niña tan alegre, tan viva, tan elegante, tan ligera, tan coqueta, ó tan pensativa, tan pálida, tan triste, tan despreocupada... esa es una enamorada.

Y bien, después de estos contrastes, de estas anomalías, de esas revoluciones y transformaciones de carácter, de esos actos extraños é inexplicables para algunos; después de ese proceder heroico, muchas veces incomprendible para el que no ve en él un móvil más enérgico que el frío interés que guía las más veces las acciones humanas; después de esto, digo, ¿habrá quien se admire de la general censura de que son objeto esos séres especiales?

#### II.

—Nada me importaría morir. ¿Para qué sirvo en el mundo?

He ahí lo que me decía cierto día una bella jóven que aun no había encontrado en el mundo su media mitad. No habían pasado ocho días, cuando volvió á decirme:

—Soy completamente feliz. Tengo horror á la muerte, pero solo por él.

Yo me figuro, amables lectoras, que alguna vez al contemplar el egoísmo de los hombres, que además de su independencia y libertad se reservan hasta el derecho de la iniciativa en amar; al veros precisadas á asistir á las reuniones y á los paseos sin objeto, cuando hayáis llegado á cierta edad sin haber ingresado en vuestra única carrera, cuando en la soledad ó al ponerse el sol hayáis experimentado cierta melancolía indefinible y vaga, cierta languidez, no sé qué mal humor inmotivado que proviene del corazón, que por nadie late, cuando hayáis sentido frío en el alma y vacío en el corazón, se os habrá ocurrido preguntaros:

«¿Qué papel hago yo en el mundo?»

Mas apenas habrá alguna entre vosotras á quien no le hayan respondido ya los primeros latidos de su corazón: casi todas tendréis escrita en el libro de vuestra memoria una bella historia que empezará, poco más ó menos, en estos términos: «La primera vez que le vi fué el día ó la víspera de tal santo, en casa de don N. ó de vuelta de paseo; yo iba acompañada de mi mamá y llevaba tal vestido...»

Esa bella página es el recuerdo del ideal realizado que transformó vuestro carácter, alegró vuestra vida y poetizó vuestra alma; por eso está tan bien grabada en vuestra memoria que jamás se borrará.

Cambieemos de decoración. Ese jóven pasaba antes por disoluto y calavera.

Su padre dice:

—Pero este chico, ¿qué tiene que se ha formalizado tanto? Antes no cogía un libro, hoy se pasa días enteros en su cuarto; antes siempre metido en el café, ahora no lo frecuenta; antes cazaba, también ha perdido la afición; antes me daba continuos disgustos con sus travesuras, hoy parece que cuando él está no hay nadie en casa...

Y la madre:

—¡Si estará malo! Él, tan alegre y expansivo conmigo, y hoy no habla una palabra; no sé en qué gasta el dinero que le doy, pero todo el día lo suele pasar fuera, sale á horas intempestivas, gasta mucho tiempo en arreglarse, frecuenta mucho la calle ó casa de N... ¡Dios mío! ¡Él tiene buen corazón y tal vez se vea rodeado de peligros!

Y sus amigos:

—Fulano está desconocido. Parece increíble cómo ha variado de poco tiempo á esta parte. ¡El, que dudaba de Dios y se reía de las prácticas religiosas, ahora frecuenta las iglesias y oye misa; él, tan jugador, y ahora no pisa una casa de juego; él, tan licencioso, tan derrochador, tan calavera, hoy tan arreglado en sus costumbres; él, tan inseparable de sus camaradas, hoy apenas saluda á los amigos; él, que tan mal habiaba de las mujeres, hoy tan locamente enamorado!

¿Quereis que os expliquemos semejante transformación?

El mundo del amor no es ese mundo exterior que vemos. Por eso los enamorados hacen el viaje de este mundo material, egoísta, envidioso, censurador, viciado é imperfecto, al otro espiritual, generoso, perfecto, que no necesita más que dos almas, ó más bien una en dos, para tocar casi á la felicidad; por eso para hacer ese viaje hacen abstracción de todos esos lazos que los atan á este mundo y sus engañosos atractivos, despreciando y olvidándolo todo, hasta sus debilidades.

#### III.

Mas he aquí nuestra feliz pareja. Son esa niña y ese jóven de quienes acabamos de hablar.

Apénas hace cuatro días que se conocen, y sin embargo, ¿qué identidad reina ya en sus relaciones! ¡Todo el amor que profesan á sus padres, el cariño que sienten por sus hermanos y el afecto que los une con sus más queridos amigos, están muy por bajo de esa afición de cuatro días! ¡Aun ignora el uno el nombre del otro, y ya no pueden vivir sin verse!

El amor entre esos dos corazones es una tendencia á unificarse, á identificarse, á poseerse ambas almas mutuamente; es una inmensa aspiración nunca del todo satisfecha, comparable á la que siente la madre cuando en un momento de delirio de amor por su hijo exclama: ¡Te comeré! es el sentimiento generalmente noble hasta en los más perversos, es el goce más espiritual, el destello más divino que Dios ha infundido al hombre materia, como atractivo irresistible para uno de sus fines más grandiosos, para perpetuarle; es lo que ha hecho más héroes; es... ¡ah! no concluiríamos jamás, porque desde Teócrito hasta Michelet, se ha estado hablando del amor y aun no se ha dicho todo; harlo haremos con probar á retratar la personalidad transformada por la manifestación de aquel sentimiento,

oposición sostenida por parte de los padres ó parientes; suponed desigualdad de posición, obstáculos insuperables al parecer, una situación fatal cualquiera que dificulte esa unión; suponed además que ambos corazones se hallen interesados; ¿habrá quien crea que aquí se detiene el amor? ¡Error! Entonces hay más empeño, porque hay más gloria en la lucha; y los enamorados, á pesar de sus padres, de sus parientes, de sus amigos, de sus vecinos y de todo el mundo, se ven, se hablan ó se escriben; él pasea la calle, ella se asoma al balcón, ella encuentra una buena amiga y él una criada que se interesa; de lejos ó de cerca, en misa ó en el teatro, de día ó de noche, á costa de los mayores peligros y de las más exageradas temeridades, continúan su amor no interrumpido, burlando toda vigilancia y arrojando la murmuración general.

Y á la verdad, ¡qué mayor felicidad para un corazón jóven que el encontrar, por una de esas dichosas casualidades que tan frecuentemente favorecen á los enamorados, al objeto de su amor en un paseo, en un salón ó en un teatro; el ser el blanco de las codiciadas miradas de aquella mujer cuya hermosura, cuya gracia, cuya elegancia es la admiración de todo un público que la contempla con éxtasis; el llamarse el feliz mortal á quien se dirigen sus deliciosos saludos y sus encantadoras sonrisas; el pensar que aquella mujer, admiración de hombres y mujeres, de viejos y niños, tiene una sola vida y un solo corazón, y esa vida y ese corazón le pertenecen; el poseer sus secretos, el poder aspirar él solo á aquella gracia y aquel encanto que á los demás solos les es dado contemplar en público; el considerar que aquella mujer tiene su pensamiento de día y de noche en él... y cuando está ausente el recibir sus cartas y leerlas mil veces, y ver en cada letra un poema de amor, y llevarlas sobre el corazón, y poseer su retrato... y mil y mil momentos que equivalen cada uno de ellos á toda una vida de eterna ventura é inmensa felicidad!...

Mas borrad ese cuadro, poned en el caso más desfavorable y figurad que el enamorado, en vez de felicidad y ventura, solo halla contrariedades y padecimientos. ¿Deja de ser feliz? Por el contrario, lo es más aun. ¿Dudais? Suponed toda facilidad entre ambos, y ese amor está á peligro de enfiarse ó de morir por completo; porque lo que contiene al amor, lo que le aumenta, lo que le asegura, lo que le perpetúa, son esas pruebas de abnegación, de constancia, de felicidad, que solo da el que es firme á prueba de obstáculos, y sobre todo porque en nada es más verdad que en amor aquello de que la privación es causa de apetito.

El enamorado es feliz hasta en el sufrimiento, hasta en el mismo dolor: en efecto, ¡qué mayor dicha que padecer por ella ó por él cuando lo sabe y lo agradece y aquel sufrimiento es un nuevo título para estrechar más y más la unión, la confianza, el amor entre ambos corazones!

¡Oh! Lo confesamos ingenuamente; si hay en la sociedad algun sér completamente feliz, es sin duda el enamorado. ¿Qué le importan las pérdidas de interés, las desgracias de familia, los acontecimientos sociales, las plagas del mundo entero, si viviendo su objeto amado vive su amor, que es toda su felicidad! ¿Qué les importa á esos dos séres privilegiados la murmuración, el ridículo, el escarnio general, si ellos á su vez unificados, identificados, confundiendo dos corazones, dos almas, dos vidas en una sola parecen desafiar al mundo entero, diciendo: ¿Quién es más feliz, tú que nos envidias, ó nosotros que te despreciamos?

#### IV.

Vamos á concluir con una aclaración. Entre los enamorados, los hay que no merecen el nombre de tales: el amor es el sentimiento más noble, y en el momento en que se pierde la nobleza de sentimiento, se deja de ser enamorado.

Lobos hay con piel de cordero que acechan traicioneramente la ocasión de sacrificar á la inocente é incauta oveja.

¡Hemos dejado correr sencillamente la pluma á impulsos de nuestra admiración por el heroísmo de los primeros; la hubiéramos roto, primero que entonar himnos á la vileza de los segundos!

Es preciso no confundir el sentimiento con la pasión, y nosotros hemos querido hablar de los que sienten, no de los que apetecen.

¡Jóvenes enamorados! ¡Así vuestros sentimientos sean tan puros y vuestras ideas tan nobles, que jamás tengais que avergonzaros de haber amado!

¡Así logreis conservar en vuestra vida ulterior esa dicha tan inalterable, y así ese amor se gaste tan poco entre ambos, que ni el curso del tiempo enfrie los corazones ni la excesiva franqueza produzca la indiferencia!

Entonces se podrá decir de vosotros: ¡Bienaventurados los que aman y son amados, porque ellos gozan la suprema felicidad que se puede alcanzar sobre la tierra!

EL COLEGIAL.

## LAS TIENDAS.

### CAFÉ.

#### LOS MATRIMONIOS.

—Nó, en esa mesa nó.  
—¿Encontrarás dónde colocarte?...  
—Vamos, hombre, que tienes un genio...  
—Como me da la gana... ¿A quién saludas?  
—A Juanito Pérez, que está allí y me ha saludado.  
—Un tonto.  
—Como va á casa de mamá y nos quiere tanto...  
—A ver, ¿qué tomas?  
—No sé...  
—Pues lo sabré yo si te parece.  
—¿Me hará bien tomar leche amerengada?



—Luego no duermes ni haces en toda la noche más que dar vueltas.  
 —Pues tomaré té.  
 —Sí, tú siempre has sido muy aficionada á las aguas cocidas... El mejor día te voy á tirar todos aquellos envoltorios que tienes en casa de flor de malva, tila, manzanilla, poleo, hojas de sem, raíz de lirio y zarzaparrilla...  
 —Pues ¿qué tomaré?...  
 —Toma lo que se te autoje y déjame en paz.  
 —Tomaré un sorbete.  
 —Sí, buen pecho tienes tú para tomar sorbetes.  
 —Tomaré un barquillo.  
 —Llámalo hache. Pero á mí no me importa; toma lo que quieras...  
 —Tomaré lo que tú.  
 —Corriente; ¡mozol!... Traiga V. chica y chico.  
 —Oye, Juan, aquí llaman... Yo no sirvo aquí, señorito.  
 —¿Pides cerveza?...  
 —Es claro.  
 —¿Para mí?...  
 —Para los dos; ¿no dices que tomarás lo que yo?...  
 —Si no me gusta...  
 —A ti no te gusta nada.  
 —Toma tú solo, yo no tomo nada.  
 —¿Cómo que no tomas?... ¡Pues estamos frescos!...  
 —Entonces ¿á qué hemos venido al café?... Van á creer que soy alguno de esos que llevan á sus mujeres al café y en la puerta les dicen que no tomen nada...  
 —Pues tomare leche amerengada.  
 —¿Dale con la leche amerengada!...  
 —Tomaré chocolate.  
 —¡Chocolate á estas horas!... Van á creer que no has comido... —Pero ¿qué peinado es ese que te has puesto hoy?...  
 —¿Hasta ahora no lo habías reparado?...  
 —Eso es un adefesio... ¿También tú has entrado en la moda de los cuernos?...  
 —Todas los llevan.  
 —¡Yá! es una razón... Y vienes bien fresca.  
 —Como hace calor...  
 —Pero el calor no autoriza á nadie á ir enseñando...  
 —Pero, hombre, tú no has visto cómo se llevan ahora los vestidos... Ayer estubo en casa la de Rodríguez con las niñas, y llevaban el vestido por aquí, sin ponderación.  
 —¿Qué bonito!... ¿Y á qué fueron esas lechuzas á casa?...  
 —¡Tómal á vernos; me dieron tantas cosas para tí.  
 —Muchas gracias.  
 —Tenemos que ir á verlas... Si quieres, mañana que no tienes oficina...  
 —Al momento.  
 —Me parece que es una cosa puesta en el orden.—Ha venido el hermano de las niñas, Julio, el que estaba de administrador de Propiedades y Derechos del Estado, que le han dejado cesante.  
 —Me alegro. Hombre más cargante no le he visto nunca. Es tonto de capirote.  
 —A ti todos los amigos de mi familia te parecen tonos... Pues tú tienes unos amigos...  
 —A ti no te importan mis amigos.  
 —Siempre van á pedirte dinero y á comprometerte.  
 —Tú no pierdes nada por eso.  
 —Si que pierdo, porque soy tu mujer.  
 —Ya lo sé.—Pero vamos á ver, ¿á qué fueron esas señoras?...  
 —A vernos, ya te he dicho... Querían ver si tú podías hablar al marido de la de Pérez para que hablara á su mujer, que es visita del ministro.  
 —¿Cómo que es visita del ministro la mujer de Pérez?...  
 —¡Hombre! de la mujer del mipistro...  
 —Cuando yo decía que no irían á humo de pajas.  
 —Allí me dejaron una notita...  
 —¡Hola! ya iban preparadas.  
 —¿Quiéren que le trasladen á Madrid á otro empleo de más categoría...  
 —Le diremos al ministro que le deje la cartera.  
 —Ya ves, ellas dicen que es una picardía que le hayan tenido postergado... Más de tres meses ha estado en ese empleo... y ántes ya fué escribiente primero en el ministerio... El quiere un destino que no tenga que poner fianza, porque el que se la había puesto se va á casar y le ha dicho que necesita el dinero.  
 —Ya lo creo que necesitará el dinero... Pues ahí es nada en la broma que se mete.  
 —Pues tú no te puedes quejar.  
 —No, yo nó.  
 —Bien poco gasto te hago.  
 —Pues cuando estaba soltero siempre tenía una onza en el bolsillo.  
 —Pero no tenías casa.  
 —Estaba de huésped.  
 —No tenías quien te cuidara si te ponías malo.  
 —Yo no me pongo malo nunca.  
 —Siempre ibas con la ropa mal planchada y con todos los botones colgando.  
 —¡Buena! ¡Buena! ¿qué tomas?... ¡Eh, mozol! ¿quieres V. servir ó nó?...  
 —Esa mesa no me toca á mí, señorito... ¡Oye tú, Juan, aquí!...  
 —Allá voy.  
 —Pues señor, los domingos no se puede venir al café.  
 —Tú quisiste que viniéramos.  
 —Es claro, como que lo primero que pregunta luego tu papá es si te he traído al café... Parece como que si no te traigo cometo alguna falta.  
 —Papá no lo dice por eso... Siempre has de pensar mal de mi familia.  
 —¿Qui estey, señorito, ¿qué va á ser?...  
 —Gracias á Dios, hombre... A ver, ¿qué tomas? Dilo de una vez.  
 —Yo... no quiero nada.  
 —¿Y V., señorito?

—¿Pues no has querido que entrásemos? ¿Por qué no tomas nada?... ¿Para qué llamabas al mozo?...  
 —Como has puesto ese gesto... ¿Te has incomodado por lo que he dicho de tu padre?...  
 —Me parece que me sobra razón.  
 —¿Conque te sobra razón?...  
 —No habla así de tí mi papá.  
 —¿Querrá que vaya á pedirle perdon?...  
 —Buena, tienes razón, hombre; no te incomodes...  
 —Ahí está el mozo...  
 —¿Eh! ¡mozo!  
 —¿Qué manda V?...  
 —Conque ¿qué es lo que tomas?...  
 —Vamos, tomaré cerveza...  
 —¿Pues no decías que no te gustaba?...  
 —No la vas á tomar tú?...  
 —Y eso ¿qué importa?... Toma tú otra cosa.  
 —¿Para qué? Traiga V. cerveza y limon, mozo.  
 —Bien, señorita... ¿Chico y chica?...  
 —Nó, señor; ¡ojiga V!... No traiga V. eso.  
 —¿Pues qué traigo?...  
 —Traiga V. lo que yo le diga... Un sorbete...  
 —Nó, para mí nó.  
 —Chocolate.  
 —Para mí no lo pidas.  
 —Leche amerengada.  
 —Ya no la apetezco.  
 —Dulce de guinda.  
 —¡Jesús! Dulce en el café, nó, que siempre tiene moscas...  
 —Un barquillo relleno.  
 —Lo pedirás para tí, porque yo no quiero helado.  
 —Es decir, señorito, que traigo chico y chica, un sorbete, un chocolate, chico de leche amerengada, un dulce de guinda y un barquillo relleno... ¿De qué?...  
 —De pólvora... Vámonos, hija; eres capaz de desesparar á un santo.  
 —¿De pólvora, señorito?... Me parece que se han concluido.  
 —Pero hombre, si tú eres quien te incomodas...  
 —Vamos, vamos.  
 —Yo no sé para qué quieres que salga contigo, y por qué me has de llevar á todas partes... Déjame en casa y será mejor.  
 —Eso es, para que luego tu padre diga... ¿Tomas el brazo?...  
 —Nó; voy bien así.  
 —Tú quieres acabar con mi paciencia.  
 —Y tú con la mía.

Hay matrimonios así. Siempre están riñendo, nunca están en paz; y sin embargo, ni la esposa puede estar sin el esposo ni éste sin aquella... Se acostumbran á vivir dados á todos los demonios, y si por un milagro de la Providencia llegasen á vivir en paz y tranquilamente como Dios manda, estarían lo más aburridos que se puede imaginar.

EL ZAPATERO Y EL DUQUE.

ANÉCDOTA.

Tenia fama en la corte de España por sus magníficas prodigalidades uno de los antiguos duques de Medina-celi, cuyos caballos llegaron á calzar en alguna fiesta herraduras de bruñida plata. Y como los extremos se tocan, su primogénito estaba con él en ese punto de contacto, porque á su vez había adquirido fama de ruin, y lo era en hecho de verdad como un mercader judío.  
 Trabajaba en un zaguan de la Carrera de San Gerónimo un zapatero de viejo, hombre hábil si los había, en esto de domesticar animalicos, como que diz que había enseñado á remendar á una mona y á dar betun á una gata; bien que alguien tuviera á la gata y á la mona por una misma alimaña, ó sease Mari Castro, su remendona mujer.  
 Es el caso que nuestro zapatero tenía á la sazón un pájaro, que ahora llamaríamos sábio y entonces se llamaba mágico, porque salvo el habla humana, de que no pudo aprender arriba de seis vocablos, en todo lo demás era en efecto licenciado. Pero si hablar nó, entender sí que entendía todo cuanto se le hablaba. La gente ambulante se detenía en el zaguan con tamaña boca abierta á guisa de espantados; y hubo hidalgo, y aun plebeyo, que ofreció hasta diez doblones de oro en mano por el pájaro, compra á que no se avino el dueño, creyéndolo menospreciado.  
 Fue así que acertó á pasar un día por delante de la tienda el duque primogénito, y viendo trabajar tan hábilmente á una ave de suyo estólida, entró en gana de poseerla; y sin entrar en la tienda (cosa entonces ilícita á quien licito era todo lo demás):  
 —Véndeme el pájaro, dijo en tono mandon al zapatero.  
 —Señor, contestó Maese Juan, diez doblones de oro en mano acaban de ofrecerme en compra, y no he querido dar el vicho por gusto de poseerlo; pero una vez que vuecelencia lo quiere, no se hable más de mi gusto donde está el de vuecelencia.  
 Así debe ser, que para eso soy yo duque y tú eres zapatero.  
 —Ainde, señor: el pájaro será de vuecelencia por lo que quiera darme en trueque, que al fin nunca perderé con vuecelencia.  
 —Ahora mandaré por él.  
 El duque enderezó hácia su posada, y el bueno del remendon creyó ya hecha su fortuna con tal y tanta certeza, que volver la espalda su excelencia y quebrar el su única lesna fué todo un punto mismo. Y luego departía con su mujer de planes de regalada vida sobre aquel su presupuesto.  
 De allí á poco llegó al portal el mayordomo, y con racado de su amo tomó la silla, y partiéndose á la

Masse Juan no despegó sus labios para alegar su derecho de lesion enorme, no se sabe si por respeto ó por espasmo. No así la Mari Castro, la cual, sin dar tiempo á que saliera el mayordomo:  
 —¿Cómo así, marido! exclamó hincando los crispados puños en ambos hipocondrios. ¡No quisistes acetar por la ave mágica diez doblones de oro en la palma de la mano, y acetas agora veinte reales de plata sobre la tabla tirados! ¡Para eso te has rompido los cascos haciendo depender á irracional lo que no saben doctores! ¡Guay de mí, Juan Lanás, que apaleado es, amen de cornudo!  
 Con estas reconvenções de la una parte y con mesarse las greñas de la otra pasó aquella aciaga jornada, mientras que el mayordomo contaba á los duques, padre e hijo, las contumelias que oyó de boca de Mari Castro; más otras que no oyó de boca ninguna y también las contó á sus excelencias.  
 El duque padre, que á fuer de generoso y munífico solía señalarse con algunos oportunos rasgos de carácter, echó sus cuentas á solas para el día siguiente, y así que amaneció salió de su palacio; y pasando como al acaso, detúvose en la puerta del avinagrado zapatero, el cual se afanaba á la sazón en clavar la media lesna en su mango, mientras que Mari Castro embetunaba.  
 —Buenos días, Maese Juan, le dijo sonriendo.  
 —Mejores nos los dé Dios, refunfuñó Mari Castro.  
 —A los piés de vuecelencia, contestó Juan pulidamente.  
 —Hombre, aquel pájaro, á juzgar por lo que hace, tiene los diablos en el cuerpo.  
 —Nada de eso, señor, respondió Mari Castro; sine la ciencia de un doctor, que le enseñó Juan Lanás, apaleado amen de cornudo.  
 —Bien vale el tal avechuchu la pension que os señalara mi hijo.  
 —¡Pension! exclamaron á la vez ambos remendones.  
 —Sí, continuó el duque, y yo he tomado á mi cuidado la exactitud de la paga, por si él con sus devaneos de mozo se descuida. Pero sería embarazoso para mí esto de pagaros día por día; mejor será por mesadas.  
 Maese Juan dejó caer la lesna de la mano y Mari Castro el cepillo, mirándose estúpidamente á guisa de irracionales.  
 Y el duque prosiguió:  
 —Ya os traje el mayordomo el importe del primer día, que fué ayer; tomad ahora el de los veinte y nueve restantes de esa mesada.  
 Y sacando su bolsa, preñada siempre de oro y plata, fué contando sobre la palma de la mano del desconcertado zapatero hasta quinientos ochenta reales, á razon de veinte diarios.  
 Y es fama que hasta su muerte pagó religiosamente el duque esta pension, con cuyo remiendo no remendaron más los remendones.

CASCABELES.

Dice un periódico que siguen en alza los valores públicos.  
 Sea enhorabuena. Nosotros no jugamos.  
 Con qué gusto verá el ministerio caído esa alcita ó alza ó alzada.  
 Se trata de suprimir varios destinos.  
 Bien hecho, bien hecho; pero por Dios, cuidado con suprimir uno y crear dos, cuidado con parecerse á los señores que han salido del ministerio.  
 Creemos que los amigos del Gobierno, los que desean ver consolidada la situación, deben hacer el sacrificio, que no es sacrificio sino deber, de no pedir al Gobierno muchos destinos, de no pedir más destinos de los que buenamente haya, de no querer todos los grandes cargos, y de no enojarse si no hay para todos.  
 Esto es lo patriótico, esto es lo que hacen los amigos en las ocasiones.  
 Al tenor Sanz le han caído 25,000 duros en la última lotería, y dicen que se retira de la escena.  
 Sentimos esto y celebramos aquello.  
 Bastante le importará al tenor Sanz la cosa pública. Ahora se irá á Logroño con ellos, con los 25,000, y á vivir.  
 Nos alegramos mucho de su buena suerte.  
 Aconsejamos al Gobierno que juegue á la lotería.  
 Si tenéis, amables lectores, callos ó ojos de gallo, acudid al pedicuro señor Crespo García, que vive en la calle de la Madera baja, 19, y os librará de esa molestia en un periquete.—A nosotros no nos ha operado, pero tenemos amigos y aun amigas á quienes ha puesto los piés como acabaditos de nacer, que nos parece que nada nace con esos ojos de gallo y esos callos tan imperfunos, y nos refieren de él prodigios.  
 Además no sacrifica á los parroquianos como otro prójimo que anda por ahí, y pide diez mil reales por sacar un ojo... de gallo, y cinco mil por un miserable callo, que no vale dos cuartos.  
 Se va á publicar un periódico que se titulará *La Casa*. Suponemos que nombrará colaboradores á los bravos que tomaron parte en el *ojeo* de la noche del 10 de Abril.  
 Seamos francos.  
 Las alusiones y reticencias contra la Reina de España, que hemos visto ó vemos todavía en las columnas de los periódicos democráticos y progresistas avanzados, no nos pueden parecer nunca de buen gusto ni



El CASCABEL ha de decir la verdad, pese á quien pese. Los demócratas á lo ménos no se llaman *monárquicos* y *religiosos*.

¡Qué lástima es que la pasión de partido ciego de tal manera el entendimiento, y qué vergüenza que la prensa sea á veces eco de la soberbia, el despecho y la hipocresía.

Dice *La Correspondencia*:

«El general Prim ha logrado una grande herencia. Por muerte de un tío de su mujer (señora se dice), ha recibido seis millones de reales, y la esperanza (ha recibido la esperanza) de una más pingüe herencia que el testador ha dejado solo en usufructo á un hermano suyo.»

Este pobre hermano del testador ya tiene encima este suelto casi amenazador para mientras viva.

Pero ¡qué le importa á nadie que el general Prim herede? ¡Hombre! es mucho cuento que á nadie le ha de suceder cosa que no la sepa *La Correspondencia*.

### Solucion del geroglífico del número anterior.

Quien lava al jumento, pierde el agua y el jabon.

Copiamos lo siguiente de un artículo de fondo de *Los Tiempos*.—¿Esto es política?—Sí, padre.—Pues reniego de ella.—Allá va la muestra:

«En esto llegó O'Donnell. Al entrar en el salon de conferencias, saludó á sus amigos, que se apresuraron á rodearle, con un estornudo, rociándolos involuntariamente. Histórico.

—¡Hola, mi general!

—¡Pchsss!

—¿Qué es eso! ¿Está V. resfriado?

—¡Pchsss!

—Cuidado, mi general; estornude V. sin volver la cabeza, que se puede V. quebrar....

—¡Pchsss! ¡Pchsss! ¡Pchsss!

—¡Jesus, María y José! Dios ayude á V., y á mi también, y á todos los cristianos del mundo. Amen.

—Gracias, señores, gracias. ¿Está animada la gente?»

### Charadita.

Repetiré la primera, pero puede darte miedo; la tercera y la segunda es precisa en un entierro y en toda funcion de iglesia; tercia y cuarta es lo que tengo y lo que saben los hombres que aspiran aquí al Gobierno; primera y cuarta es conjunto, que hace buen ó mal efecto, y ora remeda á los ángeles ó á los diablos del infierno; segunda y cuarta es cualquiera en cuanto llega á muy viejo; cuarta y tercera me gusta tener con gente de seso; y el todo es un militar bravo, gallardo y apuesto, que á las muchachas conquista, y ellas le hieran el pecho, aunque defenderlo suele con bruido y duro acero.

Un periódico, *Los Tiempos*, para que no sepa, dice motejando á los periódicos ministeriales que hablan de destinos y candidaturas:

«Náuseas se experimentan al ver en qué consiste la política de union liberal.»

Diga V., amigo, y la de los moderados ¿en qué consiste?

La política de los que, sin merecimientos ni suficiencia, han sido nombrados por el señor Gonzalez Brabo gobernadores, directores, etc., etc., ¿en qué consiste?...

Desengañese V., don Luis, todos son VV. iguales, todos quieren comer, comer y comer; y el día que se suprimieran los destinos para los periodistas y diputados, el día en que no fueran diputados más que los hombres independientes que reuniesen todos los requisitos legales, la política sería acaso cosa formal.—Todos tienen VV. el tejado de vidrio.

Aliviarse y descansar.

La Diputación provincial tiene en su poder una petición, á nuestro parecer justa, para que del hospital general se concedan para el de las cigarrerías las medicinas, toda vez que estas infelices, no solo harían este gasto, sino el de cama y asistencia, y con la fundación de su hospital resulta esta economía al general. No dudamos que la Diputación acceda á esta justa petición.

Demasiado sabe V., señor Alonso Martinez, que el departamento de Hacienda, puesto á su cargo, es la roca que amenaza estrellar la nave del Estado, el gran escollo que nadie ha podido salvar. Dicen que V. ha tenido un gran empeño en encargarse de la parte difícil de la gobernación del Estado (porque en habiendo dinero todo va bueno); y como V. es hombre de talento, presumo que no el halago de una pueril vanidad, que no una confianza ridícula é injustificada en sus propias fuerzas, sino el deseo de plantear una idea que cree V. beneficiosa, es el que le ha impulsado á tomar el centro de nuestro mundo financiero. Y he aquí por qué abrijo la esperanza de que V. procurará no ser un

muy contentos al lado de los Sierras, Trúpitás, Lascoitis, Castros, etc., etc., que la lista es más larga que la cola del Banco. ¿Tiene V. una idea? ¿Sí? Pues eso es ya bastante para hacernos sonreír de gusto, aquí donde hemos visto que precisamente era necesario no tener idea alguna para llegar al ministerio. Venga, pues, esa idea, suéltela V. cuanto antes, que le ofrezco decirle con sinceridad lo que me parece acerca de ella, y le prometo también, así como no escasearle mis elogios si aquella es aceptable, revolverme contra V. como una fiera si nos da el petardo de resultar mamarracho lo que creíamos pensamiento.

Impulse V., señor Martinez, la desamortización y venta de bienes, única fuente de riqueza que no han cegado del todo; y cuando, pese á quien pese, se encuentre V. con que aquello le ha dado los suficientes monjes, establezca V. entónces el plan de Hacienda sencillo y económico como Dios manda.—Unifíquese nuestra deuda, ciérrase de una vez el periodo liquidador, brote la luz en ese caos, y sépase de una vez lo que debemos, tapándose esa abertura por donde á torrentes se nos escapan raudales de oro. Haga V. porque desaparezcan esas rentas que se llaman de estanco, baldón del siglo en que vivimos; que haya igualdad en el reparto de la contribucion directa, porque así podrá rebajarse la cuota que se exige tan desproporcionadamente, como si las provincias de España no fuesen todas iguales; que progresivamente marchemos en el ramo de Aduanas á las conquistas que la libertad demanda, rompiéndose poco á poco esas trabas que encadenan nuestra industria y nuestro comercio; haga V., en fin, algo de lo mucho que hay que hacer y se conquistará un nombre.

¿Quiere V. trabajar? Pues que no se lo hagan todo las Direcciones generales, porque entónces ¿para qué sirve el ministro? Desaparezcan aquellas, que para nada hacen falta, y creándose en su lugar secciones de secretaría bajo la inmediata inspeccion del ministro, que este lo administre y lo dirija todo, haciéndose en el personal grandes economías. ¿Para qué, por ejemplo, dos grandes centros de revision de cuentas? Si está el Tribunal, ¿para qué la Direccion? ó si existe esta, para ¿qué aquel? ¿No es una ridiculez que para el exclusivo objeto de sacar unas bolas del bombo haya una Direccion general, con su jefe con 50,000 reales, y su subjeffe con 35,000, y un secretario y sus oficiales, etc., etc?—¿Y no es otra que para guardar dinero y devolverlo al que lo pida haya otra Direccion que se denomina Caja de Depósitos?

Convengamos, señor Alonso Martinez, que puede hacerse mucho, mucho, mucho. ¿Hará V. algo, algo, algo? ¿Dios lo quiera!

Copiamos el siguiente soneto que acaba de escribir nuestro querido amigo Garcia Gutierrez, y que es en verdad retrato perfecto de

### EL HIPÓCRITA.

(Soneto.)

Siempre afectando místico lenguaje,  
es prevaricador impenitente.  
Cándido amor á la pobreza miente,  
y al oro, que es su Dios, rinde homenaje.  
Modestia finje con sencillo traje,  
como al lirio odorífero y riente  
intenta remedar la pestilente  
corola azul del iride salvaje.  
Sus ojos, en que brilla la impaciencia,  
buscan la tierra, y con humildé celo  
se condena á incesante reverencia;  
mas no por humildad se inclina al suelo;  
es que le abruma tanto su conciencia,  
que ya no puede ni aun mirar al cielo.

Castro Urdiales, Junio, 1865.

ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.

Se ha repartido hasta la entrega 24 de la novela *Los celos de una reina*, que con inusitado lujo y magníficos grabados publica el acreditado artista señor Capúz. La biblioteca que ha emprendido este señor promete aventajar en éxito á las demás. Desde luego podemos asegurar que en la parte de ilustracion ningun editor puede competir con el señor Capúz.

### Solucion del logogrifo del número anterior.

Posada tiene el Gobierno,  
y en los pueblos hay posadas,  
y sola yo, lector mio,  
no me veo des-posada.

La Señora de siempre.

Hemos visto anunciada una novela que se titula *La mujer agena*.

No le faltan aficionados á la mujer agena. Bien sabe el autor lo que se ha hecho con poner ese titulo á la novela.

Y como ya habia *La mujer adúltera*, no viene mal *La mujer agena*. El mejor día vamos á ver una novela que se titula *La mujer de la Carrera de San Gerónimo y calles adyacentes*.

Se han publicado en esta córte ciertas aleluyas, que son la vida y hechos de un don Ramon, en las que se alude á un personaje político.

Sea lo que quiera don Ramon, á quien nadie quiere más que nosotros ver lejos del Gobierno de este país,

Creemos que esas son armas prohibidas para combatir á un hombre público, á quien se le debe decir todo lo que haya que decirle francamente y sin rebozo, y de ningun modo de una manera tan ridicula y poco generosa, que despues de todo se funda en una idea mezquina, la de la especulacion.

Sabemos que se van á anular todos los nombramientos que hizo el anterior ministerio con infraccion de la ley de presupuestos; y no solo esto, sino que se va á indicar la conveniencia de que los sueldos devengados en aquellos destinos se reintegren al Tesoro.

Suponemos que no se les pedirá este reintegro á los interesados, que verdaderamente no han hecho más que tomar lo que les han dado; lo lógico será que se les pida á los ministros que hicieron los nombramientos.

Señor Mon, señor Pacheco, vucelencias siguen siendo embajadores....

¿Y á qué?—¿Y por qué?—¿Y para qué?

Ya dicen algunos amigos bien intencionados que El CASCABEL se ha vendido á este Gobierno, como decian que se habia vendido al anterior. Tienen razon: Narvaez nos compraba por dos cuartos, y O'Donnell nos compra por ocho maravedises, ni más ni ménos que cualquiera.

He aquí un ejemplo del horrible abismo á que la pasión del juego puede llevar el alma del hombre:

«Un caballero de familia distinguida, que habia concluido por ser un jugador fullero, en vista de que, limitándose á ser simple jugador no ganaba lo bastante, fué sorprendido en cierta elegante sociedad haciendo de las suyas. Conocida que fué su industria, se le cerraron las puertas de todas las casas, y se vió sin recursos.

—¿Y qué vas á hacer? le decia un compañero.... ¿Qué esperanza te queda?

—Una sola, contestó; que mi pobre padre no resista al dolor de saber mi deshonra, en cuyo caso le heredaré pronto.»

Este espantoso ejemplo debe apartar á los jóvenes de ese horrendo vicio del juego.

### Geroglífico.



### ANUNCIOS.

**Desengaños de Don Ramon.**—Impresiones de un forastero en Madrid, por Jeremias.—Se vende á 2 rs. en la Administracion de EL CASCABEL, Calle de los Caños, número 4.—Se remite á provincias á las personas que envíen cinco sellos de 4 cuatro cuartos.

GRAN COMPETENCIA MERCANTIL.

Carretas, 14.

Sigue la venta de los guantes de cabretilla, desde 4 á 10 rs. par.—Otros de seda, hilo y algodón.—Camisas de algodón, de 16 á 50 rs.—Idem con visitas de hilo, de 30 á 40.—Idem de puro hilo, de 40 á 80.—Pecheros de hilo, desde 6 rs.—Cuellos de idem, desde 56 rs. docena.—Puños de idem, de 4, 5 y 6 rs. par.—Calzoncillos, desde 14 á 40.—Camisas de algodón, plügestel é irlandia.—Para señoras, desde 14 á 50 rs.

Chambras, enaguas, peinadores, camisetas y pantalones, para señora. Medias y calcetines de varias clases, y otros géneros que procuramos vender tan baratos como el que más.

**Una señora anciana viuda de un teniente**, é imposibilitada de la vista, implora la caridad de las personas que quieran socorrerla. Plazuela del Progreso, núm. 20, guardilla de la derecha.

### LA EDIFICADORA.

Sociedad regular colectiva, registrada en el Gobierno civil, previa aprobacion del Tribunal del Comercio de esta córte.—Fianza administrativa, 5.000,000 de rs., segun la base 16 de sus estatutos.—Admite imposiciones desde 100 rs., con interés fijo de 9 á 18 por 100.—Paga los intereses mensualmente, ó se acumulan al capital, segun la conveniencia de los impositores.—Empieza el importe de las imposiciones en construir casas, por subasta, en solares de su propiedad, en Madrid, en las provincias y en el Extranjero, para venderlas á plazos, tambien por subasta.—Director y Administrador general: D. Angel Hernan, comerciante, capitalista y propietario.—Director facultativo: D. Leopolda Z. Lopez, arquitecto de la Real Academia de San Fernando, y de la Beneficencia municipal de Madrid.—Oficinas generales: Madrid, Fuencarral, 12, principal.—Representantes en provincias y en el Extranjero.

Por lo contenido en este número,

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

MADRID: 1865.—Imprenta de El Cascabel,

CARLOS DE M. BERNARDO